

# Urbana

Artículos y notas de investigación  
*Articles and Research Notes*



# Barrio por barrio: reclamando nuestras ciudades

## NEIGHBORHOOD BY NEIGHBORHOOD: RECLAIMING OUR CITIES

John Friedmann\*

Fecha de recepción 04.09.2010 • Fecha de aceptación 26.01.2011

PÁGINAS 13-19

### RESUMEN

Muchos urbanistas siguen planificando las ciudades al margen de sus habitantes. Este texto plantea la necesidad de recuperar el protagonismo de las personas y de su “derecho a la ciudad”, centrando los esfuerzos en la mejora de los espacios en que desarrollan su experiencia cotidiana: los barrios. Para ello primero se analizan las propiedades que caracterizan a un barrio y posteriormente se plantea un posible plan de intervención, que debe comenzar con la asunción, por parte principalmente de las autoridades competentes, de las necesidades de las personas como eje principal de la planificación urbana. En todo el proceso debe contarse con la participación de la gente, identificando y delimitando sus propios barrios y poniendo sobre la mesa tanto sus necesidades y prioridades como sus recursos y capacidades para colaborar en un proceso gradual de mejora.

### PALABRAS CLAVE

*Plan de Barrio, planificación participativa, ciudad social.*

### ABSTRACT

Many planners and architects continue to plan cities without taking their inhabitants into account. This text dwells on the need to recover the role of people and their “right to the city” and focuses on efforts to improve the spaces in which citizens can develop their day-to-day experiences (neighbourhoods). To do this, it is necessary to first analyse the properties of the neighborhoods in question and then establish an intervention plan, which must start off with the assumption, by the most important competent authorities, of the needs of citizens as the basic line of town planning. Citizens must take part in the entire process, identifying and delimiting their own neighborhoods and explaining their needs and priorities, and their resources and capacity to collaborate in a gradual process of improvement.

### KEYWORDS

*Neighborhood Plan, Participatory Planning, Social City.*

Siendo un joven estudiante de la Universidad de Chicago, uno de los primeros libros de urbanismo que leí me había llamado la atención por lo que yo consideraba un título curioso: *La ciudad es su población* (*The City is the People*). Su autor era Henry Churchill, que lo había publicado al final de la Segunda Guerra Mundial. En aquel tiempo, no sabía nada de los orígenes arquitectónicos de la práctica urbanística y pensé para mí: “Qué extraño: por supuesto que, sin personas, las ciudades no serían sino caparzones huecos. ¿No es obvio? Las ciudades las hacen las personas”. Pero una vez que comencé a leer su libro, descubrí que su autor había utilizado este título para enfocar la atención en la planificación de barrios, la planificación que se preocupa por el tejido social menudo de la ciudad y por la participación de la población para mejorar su propio hábitat. Eso es lo que Churchill pretendía decir con “la ciudad es su población”.

Diecisiete años después de su primera publicación, justo cuando se vivía la locura de la destrucción de los barrios, que representaba su desaparición en los centros urbanos a lo largo de todo Estados Unidos, se volvió a publicar el libro incluyendo introducción y epílogo nuevos. En el prefacio, Churchill escribió:

“He cambiado mi forma de pensar sobre muchas de las cosas positivas que dije en 1945.... [Pero] no he cambiado de parecer sobre la tesis básica, esto es, que una ciudad está compuesta por la gente. Por el contrario, lo que me preocupa actualmente es la perversión de los métodos y procesos de planificación, que tienen como fin pasar de la organización democrática de una comunidad a los controles autoritarios para beneficio de unos pocos.” (Churchill, 1962)

\* Honorary Professor, School of Community and Regional Planning, University of British Columbia, Vancouver, [jrpf@interchange.ubc.ca](mailto:jrpf@interchange.ubc.ca).

Esto fue escrito en 1962, el mismo año en que Jane Jacobs publicó el libro que la hizo famosa: *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Es como si Churchill le hubiera cedido la antorcha olímpica de la planificación de los barrios locales. Jacobs, a diferencia de Henry Churchill, no era una urbanista profesional. Citando uno de los numerosos pasajes que la glosan: “Al estimular el diálogo, el cambio y la acción, ha ayudado a que las calles y los barrios de las ciudades canadienses sean vibrantes, habitables y funcionales para todos” (Governor General of Canada, 2005). Jane Jacobs murió a los 87 años en 2006, y me gustaría dedicarle este breve texto.

En el medio siglo que ha pasado desde Churchill y Jacobs, las grandes ciudades del mundo han sufrido un cambio abismal. Casi cuatro mil millones de personas, más de la mitad de la población mundial, viven ahora en ciudades, y estamos en medio de lo que ciertamente representará una de las mayores épocas urbanizadoras en la historia de la humanidad. La mayoría de las ciudades está surgiendo en Asia, especialmente en China. Como resultado, China tiene ahora aproximadamente veinte mil urbanistas. Algunos de ellos son funcionarios que trabajan en las oficinas de planificación municipal, mientras que otros son profesionales especializados en dibujar planos físicos. En torno suyo se levanta hacia las alturas un edificio tras otro mientras la malla urbana se expande hacia las afueras, devorando valiosas tierras agrícolas e innumerables aldeas, mientras los urbanistas tienen problemas para mantenerse al tanto de los cambios reales que se están produciendo sobre el terreno. Con una formación arquitectónica, los urbanistas entienden la ciudad sobre la base de sus edificios y sus calles, mientras que las personas rara vez aparecen en sus planos. Por lo general, sus planes son a una escala tal que vuelve a los barrios –el corazón latente de la ciudad– invisibles. En China (pero no sólo en China) se desarrollan planes bidimensionales, donde nunca aparecen las personas, y si lo hacen, quedan enterradas en estadísticas globales de población: tantos habitantes en 2000, tantos más en 2010. ¿Pero a quién se contabiliza? Sólo a aquellas personas que cuentan con un *hukou* o permiso de residencia en la ciudad, que otorga oficialmente el “derecho a la ciudad”, por usar la famosa expresión del gran urbanista y filósofo francés Henri Lefebvre. Los inmigrantes que han llegado a la ciudad para trabajar en la construcción no tienen derecho a reclamar servicios urbanos y por ello, a ojos de las autoridades de planificación municipal, son invisibles.

Los urbanistas chinos aún no han producido su propio Henry Churchill o su Jane Jacobs. Son básicamente arquitectos diseñadores que trabajan a nivel de distrito y de región urbana, donde todo recibe el calificativo de “mega”: poblaciones urbanas de varios millones de personas, aeropuertos gigantescos, rascacielos de oficinas, Wal-Mart y Carrefours, puentes de 30 y 40 km a través del mar, autopistas de 8 carriles, nuevos puertos de contenedores y gigantescos proyectos residenciales que alcanzan fácilmente los 30 pisos de altura. En medio de esta frenética actividad constructora, China está viviendo su propio frenesí de renovación urbana, con millones de personas abandonando sus barrios para ser enviadas a los suburbios y, más allá, a las zonas más periféricas, donde se instalan de acuerdo con su capacidad de pago. Thomas J. Campanella (2008) explica que el nuevo paisaje urbano en China viene definido por la velocidad, la escala, el espectáculo, la dispersión, la segregación y (en un apunte optimista) la sostenibilidad. Sin embargo, uno podría preguntarse qué significado, en este contexto “revolucionario”, puede tener el concepto de sostenibilidad.

En esta ocasión, me gustaría tratar principalmente la sostenibilidad *social* de las ciudades. O por decirlo de otra manera, hablaré del *derecho a la ciudad* de los millones de habitantes urbanos que, en su mayor parte, realizan los trabajos más duros de la ciudad. Y quiero hacerlo en relación con la idea de barrio, hablando de los lugares en que vive la gente, y que los sociólogos describen como lugares de reproducción social, esto es, los pequeños espacios de la ciudad donde aprendemos a ser seres humanos y ciudadanos completos, también titulares de derechos civiles específicos.

Las personas viven en barrios. Algunos de ellos funcionan bien, otros no. Ninguno de ellos es perfecto. Entonces, ¿qué queremos decir cuando hablamos de barrios? Voy a tratar de describir algunos *elementos* de un buen barrio, que nos servirán como punto de referencia. Para empezar, un barrio es un *pequeño espacio urbano habitado*. Henri Lefebvre lo llamó un *espace vécu*, un espacio que recibe la vida al ser vivido: un espacio de vida con sus ritmos vitales diarios y anuales. Los barrios son también *lugares de encuentro*. Al caminar por las calles del propio barrio, se reconoce a personas que lo saludan de lejos, y que incluso pueden saber su nombre, pararse y charlar un rato. A esto Jane Jacobs lo llamó el ritmo diario del “ballet de las aceras”, por la forma en que el patrón de vida se repite con ligeras variaciones todos y cada uno de los días laborales, con un patrón diferente para los días festivos y los domingos.

Los buenos barrios también tienen sus *lugares de reunión*, esto es, cuentan con centros donde se reúnen personas con propósitos rituales u otras razones. Puede tratarse de poco más que un pequeño parque o una placita, donde la población se reúne por las tardes y donde de vez en cuando se organizan festividades. Recuerdo un lugar de este tipo en Pamplona, donde tuve la impresión de que la población entera se había reunido para celebrar la fiesta anual de San Fermín, bailando en la plaza hasta bien avanzada la noche, mientras mis amigos y yo paseábamos entre la multitud que ofrecía ramitos de albahaca aromática, como un gesto de feliz celebración compartida por todos. Tales celebraciones también son típicas de las pequeñas ciudades y los barrios chinos, como en Shenzhen, por ejemplo, donde fui testigo de una reunión nocturna de jóvenes y ancianos en una plaza adyacente a una vieja casa familiar.

Stephan Feuchtwang (2004), el antropólogo inglés, afirma que lo que él denomina “capacidad de centralización” (*centering*) es un imperativo estructural para los lugares de un barrio que cobran vida. En un caso de estudio en China, describe los procesos de creación de lugares como aquellos espacios de reunión, centralidad y vinculación. Vale la pena citar todo el pasaje:

La estrategia china de localización que he señalado celebra el nombre de una aldea o un linaje que también representa una serie de vínculos y conexiones sociales... A través de esta celebración, los líderes y donantes poderosos dejan su marca combinando su propia identidad con la de una localidad en un proceso de indirección, de forma que un espacio marcado por un antepasado o un templo sirve también para celebrar reuniones, establecer redes o enterarse de los últimos chismes. El líder es respetado por su lealtad hacia el espacio local. Lo que estoy sugiriendo es que existe un claro sentido de espacio público en China como un espacio tácito de reunión, vinculación y centralidad. (Feuchtwang, 2004:178)

Y continúa:

...Tal como se vive –continúa diciendo– el tiempo y el espacio de la modernidad siguen siendo un espacio, no un lugar. En China, esto es comparable al océano... De hecho, todos pescan en el océano de la fortuna. Sin embargo, en China esto es descrito, incluyendo obviamente por los que viven allí, como caótico. La modernidad es el caos de la vida cotidiana debido a que deben crearse lugares y redes de confianza, aunque no de amistad, a partir de un espacio abstracto e ilimitado, generando un paisaje más sagrado de lugares, aleros curvos y hogares mediante tres gestos como la reunión, la centralidad y la vinculación. (Feuchtwang, 2004:178)

El lenguaje de Feuchtwang es alusivo. Lo que él llama el “caos de la vida cotidiana” se contrapone aquí a las redes de prácticas y rituales tradicionales, la construcción de salas ancestrales, los templos dedicados a las deidades locales, todos ellos convertidos, a su vez, en puntos de atracción para que una aldea hable, intercambie chismes, cuente historias. Las redes formadas de esta manera se basan en la familiaridad y en la confianza y ayudan a impartir el sentido de lo que significa vivir en un pueblo o aldea particular, en un barrio

específico, que a la larga puede generar un sentimiento de pertenencia o vinculación, un sentimiento de lugar y, finalmente, el lugar que cada uno ocupa en el cosmos. Tal como lo entiende Feuchtwang, los lugares territoriales se definen a partir de la centralidad, no de sus límites. O, en otras palabras, el límite de la centralidad es un borde irregular, dinámico, indeterminado que se difumina en otros territorios o en espacios no reclamados del caos, carente de lugares, que los rodea.

No tenemos por qué asumir todas las implicaciones del proceso de creación de lugares defendido por Feuchtwang para aceptar sus criterios de centralidad, que se refiere a lugares tanto de encuentro como de reunión, donde el primer término es el más débil, mientras que el segundo sugiere un encuentro con un propósito. Si toda la idea de “lugar” es la de un espacio que conduce a la socialidad, entonces la comunicación entre personas que se conocen, ya sea regular y repetitiva o con un fin específico, se encuentra en el meollo de este proceso.

Feuchtwang continúa alegando que la contraparte de la centralidad es lo que él llama la interioridad:

La apertura territorial, no tiene muros, pero no carece de interioridad. Por lo general, se identifica por un nombre y por uno o más centros: puntos focales que bien pueden ser edificios con espacios delimitados. Puede contener lugares de menor escala o lugares con el mismo nombre definidos de manera diferente, de acuerdo con mapas mentales o simbólicos diferentes. Sin embargo, siempre que, además de tener extensión, esté marcado y centrado, el terreno abierto –el mercado, la calle, la plaza, parte de un parque, el barrio, un culto territorial, las calles de un carnaval o de una aldea– supone también una apertura a una mayor variedad de interacciones que los espacios delimitados. La interioridad apunta a la introversión, a la identidad de un lugar, incluso si para la mayoría de nosotros ésta sólo puede ser una de sus muchas identidades, y no necesariamente la más importante. El sentido de lugar y de identidad habla de esto, pero tenemos que recordar que, a pesar de ello, los lugares centrales están abiertos al mundo y, por tanto, sujetos al cambio y al paso del tiempo. (Feuchtwang, 2004:4)

Y así llegamos al último criterio de un buen barrio, y éste es que debe ser *apreciado por las personas que participan en su vida cotidiana*. Un buen barrio tiene un sentido de sí mismo en la mente de las personas, es parte de la esfera íntima de sus vidas. Esta identidad apreciada no aparece en los libros de historia. Es parte de la historia inadvertida de cada ciudad, una de las muchas historias que pasan desapercibidas y que son almacenadas en secreto en los recuerdos de las personas. Para aquellos que fueron expulsados de sus barrios, sea a través de las fronteras nacionales por razones políticas, o desde el centro de la ciudad hacia su periferia por programas de renovación urbana, esto es de lo que hablan esos refugiados que viven entre nosotros, en lugares extraños y entre desconocidos, cuando se encuentran: la historia que une sus vidas y la historia del lugar de donde proceden. Recuerdan sus formas, contornos y olores, escenarios y festividades particulares, así como sus luchas comunes, aunque por lo general independientes, contra el desplazamiento.

No se trata de nostalgia; es su manera de llorar por la pérdida de unas relaciones sociales que en el pasado constituían su hogar. La psiquiatra Mindy Fullilove (2004) denomina “shock de raíces” (*root shock*) a este trauma de ser arrancado del hogar: una reacción traumática de estrés frente a la destrucción de todo o parte del ecosistema emocional de una persona. Es un trauma del que muy pocos logran recuperarse por completo.

Es probable que se hayan dado cuenta que cuando he descrito el buen barrio no mencioné la *calidad del entorno construido*. Esto no significa que este detalle no tenga importancia. En lugar de ello, el orgullo del lugar cede su lugar a la calidad de las relaciones sociales en el barrio, que es apreciado precisamente por su papel de buen barrio. Mike Davis, conocido, entre otros libros, por su reciente best-seller *Planeta de ciudades miserias* (2006), transmite y comparte con sus lectores su enfado y su ira por las deplorables condiciones fisi-

cas en las que viven aproximadamente mil millones de personas en las ciudades del mundo. Describe estas condiciones como un hecho incuestionable. Sin embargo, lo que no considera es que, al etiquetar a una tercera parte de la población urbana mundial como “habitantes de ciudades miseria”, se olvida del poder real de las relaciones humanas recíprocas en los asentamientos informales del Sur Global, que hacen que para muchos de ellos, si no para todos, sean más llevaderas las penurias y las privaciones. Davis no ofrece la solución para estos problemas, que se muestran como una combinación de pobreza e impotencia. ¿Erradicar las ciudades miseria? ¿Borrar del mapa estos lugares? ¿Cambiar las prioridades del gobierno para dar vivienda a los pobres? Embarcado ya en alguna otra misión, Davis guarda silencio.

Desconozco en realidad los motivos por los que Davis terminó sin ofrecer ninguna solución —las frases finales de este libro pintan un escenario apocalíptico— pero creo que puedo aventurarme a explicar por qué. Seguramente una razón es que cuando uno se queda mirando a un *problema enorme* que nadie sabe solucionar, es necesario desglosarlo en partes más manejables. Un *Planeta de ciudades miseria* no tiene solución porque, como todos sabemos, no todas las ciudades miseria son iguales; ni todas son pobres ni todas están desesperadas. Sus historias son diferentes. Si aceptamos esta premisa, tendremos que proceder a recuperar nuestras ciudades, barrio por barrio. Ésta es la única manera, diría yo, para hacer que nuestras ciudades sean más sostenibles desde el punto de vista social. En lo que resta de ensayo, quisiera perfilar algunas de las dimensiones de este enfoque.

Antes que nada, existe un primer paso sumamente importante: los actores responsables del sector público, incluyendo a urbanistas y funcionarios de la vivienda, entre otros, tienen que reconocer la *prioridad social de las personas* por encima de los equipamientos y las infraestructuras en el proceso de urbanización, no sólo como objetivos de las intervenciones planificadas sino como sujetos titulares de derechos humanos y ciudadanos. Entre estos derechos está el “derecho a la ciudad”, que incluye el derecho por parte de los ciudadanos a ser tomados en serio como socios potenciales en la mejora de los barrios. Este es el primer posicionamiento filosófico y ético crucial de la administración local en relación con sus ciudadanos. Todo lo demás fluye a partir de este primer movimiento.

Un segundo paso incluiría el *descubrimiento* y la *visibilidad* otorgada a los barrios de la ciudad, no como abstracciones burocráticas, sino como *entidades vivas y organizadas* que, juntas, representan una gran parte de la estructura urbana. Hace treinta y tres años, Janice Perlman refutó lo que llamó *el mito de la marginalidad* (1976) con referencia a las favelas de Río de Janeiro. La vida en las favelas era y sigue siendo dura. No obstante, la mayoría de las familias en las favelas trataba de desarrollar vidas dignas, normales y rectas, cuya capacidad de soportar las dificultades se vio fortalecida por la ayuda mutua y por permanecer unidos cuando su favela se veía amenazada con ser erradicada. Resultó que las favelas tenían líderes que hablaban en nombre del resto y que estaban dedicados a mejorar un poco la vida de todos. Las favelas de Río han cambiado mucho desde que Perlman hizo su investigación a principios de los años setenta, y algunas incluso se han criminalizado por el tráfico de drogas y sus corrupciones de poder y violencia. Por lo tanto, no estoy aseverando que todo esté bien en las favelas actuales. Sin embargo, sigue estando presente el sentido del buen vecino, aunque ahora limitado por el temor a la violencia, y no ha muerto la esperanza de las personas de alcanzar un futuro mejor (Perlman, 1976; 2010).

Tomemos de nuevo el ejemplo de China. Allí el barrio es un concepto administrativo y parte de la maquinaria del Estado. Pero también existe otra concepción de barrio, más orgánica e íntima, en el sentido de auto-organización. Soy consciente de las dificultades prácticas de cartografiar barrios urbanos que son, al menos en parte, expresión de las identidades de las personas, especialmente en las nuevas áreas suburbanas y periurbanas de las grandes ciudades. Pero el esfuerzo vale la pena. Junto a Chen Fang, tratamos de diseñar las líneas maestras de lo que podría ser un modelo para el auto-estudio (*self-study*) de barrios

en Ningbo, en la provincia de Zhejiang, utilizando la estructura preexistente del *shequ* (Friedmann & Fang, 2009; Friedmann, 2010). Por desgracia, no tuvimos la oportunidad de mostrar a través de un caso real cómo podrían los barrios comenzar a planificar su propio futuro de forma participativa. En todo caso, y a pesar de los cambios normativos, el régimen del *hukou* sigue vigente en la práctica.

Un esfuerzo similar se llevó a cabo como parte del proceso del denominado presupuesto participativo en Porto Alegre durante la década de 1990. Resultó ser un esfuerzo muy productivo, que se extendió a Brasil y a otras partes del mundo. El primer paso fue organizar e incluir a las personas. Junto al ejercicio de identificar y cartografiar sus propios barrios, se inició un proceso para que los vecinos identificaran sus problemas y necesidades a través de un proceso de auto-estudio participativo. Como dije anteriormente, identifiqué cinco criterios para reconocer un buen barrio, que pueden utilizarse en principio para calificar un barrio en una escala entre los extremos de lo ‘muy malo’ y lo ‘muy bueno’. En resumen, podemos decir que un buen barrio debe reunir al menos las siguientes características:

- Ser vibrante y estar vivo.
- Estar organizado en torno a uno o varios lugares de encuentro o reunión.
- Tener un sentimiento de identidad colectiva.
- Disponer de un entorno físico que favorezca la socialización y el civismo.
- Ser apreciado por quienes participan en su vida cotidiana.

Con una cierta dosis de esfuerzo, estos criterios generales pueden llevarse a la práctica. Sin embargo, la cartografía de los barrios y su calificación en una escala de bondad relativa, no representa sino el comienzo. El trabajo real empieza ahora y esto incluye dos pasos: el primero consiste en encontrar qué capacidades, habilidades y recursos humanos existen en un barrio que podrían ser aprovechados en un esfuerzo de colaboración para mejorarlo. El segundo consiste en identificar y priorizar las necesidades colectivas respecto al entorno físico, como infraestructuras básicas, servicios públicos, circulación interior, acceso al transporte público, condiciones de salud, redes de saneamiento, jardines comunitarios, instalaciones deportivas, etc... una larga lista de lo que podría necesitarse, con indicaciones de la urgencia relativa y una expresión de la voluntad de contribuir a estas mejoras con trabajo y otros esfuerzos voluntarios, en colaboración con el Estado y las ONGs.

Un documento que describa estas necesidades, tanto a corto como a más largo plazo, puede denominarse *Plan de Barrio*. Es un plan elaborado por las mismas personas que viven allí y que consideran el barrio su hogar. Cuando se concibe de esta manera, la planificación del barrio se convierte en un proceso continuo que sigue año tras año. Si los proyectos tienen éxito en su ejecución y el proceso produce la mejora real de la vida colectiva, podemos decir que tanto la ciudad como sus barrios están avanzando en la dirección del objetivo a largo plazo de la sostenibilidad social.

## Bibliografía

- CAMPANELLA, Thomas J. (2008) *Concrete Dragon: China's Urban Revolution and What It Means for the World*, New York, Princeton Architectural Press.
- CHURCHILL, Henry Stern (1945) *The City is the People*, Nueva York, Reynal & Hitchcock. (2ª edición con un nuevo prefacio y un nuevo epílogo, Nueva York, Norton, 1962).
- DAVIS, Mike (2006) *Planet of Slums*, Londres, Verso. [Traducción castellano (2007) *Planeta de ciudades miserias*. Madrid, Akal – Foca].
- FEUCHTWANG, Stephan (2004) *Making place: State projects, globalisation and local responses in China*. Londres, UCL Press.
- FRIEDMANN, John (2010) “Place and place making in cities: A global perspective” *Planning Theory and Practice* 11 (2), pp: 149-165.

- FRIEDMANN, John & FANG, Chen (2009) "Towards sustainable neighborhoods: The role of social planning in China -- a case study of Ningbo, Zhejiang Province" *Urban Planning International* 24 (1), pp: 16-24 (en chino).
- FULLILOVE, Mindy Thompson (2004) *Root-shock: How tearing up city neighborhoods hurts America, and what we can about it*, Nueva York, One World/Ballantyne Books.
- GOVERNOR GENERAL OF CANADA (2005) "Jane Jacobs, O. C., O. Ont.", disponible en <http://www.gg.ca/honours/search-recherche/honours-desc.asp?lang=e&TypeID=orc&id=3586>
- JACOBS, Jane (1961) *The death and life of great American cities*, Nueva York, Random House. [Traducción castellano (1973) *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Ediciones Península].
- LEFEBVRE, Henri (1968) *Le Droit à la ville*, París, Anthropos, Collection Société et Urbanisme. [Traducción castellano (1973) *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Ed. Península), (Traducción inglés (1996) "The right to the city" en Eleonore Kaufman & Elizabeth Lebas (tr. & ed.), *Writings on Cities*, Oxford, Blackwell].
- PERLMAN, Janice E. (1976) *The myth of marginality: Urban poverty and politics in Rio de Janeiro*. Berkeley & Los Angeles, University of California Press.
- (2010) *Favela: Four decades of living on the edge in Rio de Janeiro*, New York, Oxford University Press.
- VALE, L.J. & CAMPANELLA, T.J. (eds) (2005) *The Resilient City: How Modern Cities Recover From Disasters*, New York, Oxford University Press.

*Traducción: Carlos Jiménez Romera*

